

EL CLUB DE LOS GOURMETS

JUNICHIRO TANIYAKI
ILUSTRACIONES DE YOKO NAKAJIMA



Me atrevería a decir que los miembros del Club de los Gourmets amaban tanto los placeres de la mesa como los del dormitorio. Eran una banda de haraganes sin más ocupación que el juego, las mujeres y el gusto por la buena mesa. Cada vez que descubrían un nuevo sabor, sentían tal placer, tal satisfacción y orgullo, como el que hubieran experimentado junto a una bella mujer a su completa disposición. Si descubrían a un cocinero capaz de algo nuevo, un genio de la cocina, lo empleaban de inmediato en sus casas con un estipendio similar al que hubieran pagado por los servicios de una geisha de primera categoría. Estaban convencidos de que si había genios en el arte, de igual modo los había en la cocina. Desde su perspectiva, la cocina era un arte de consecuencias puramente artísticas capaz, al menos para ellos, de eclipsar a la mismísima poesía, a la música, la pintura. No solo después de una comida espléndida, en el mismo momento de sentarse en torno a una mesa inundada de delicias, les arrebatava una emoción compartida, un éxtasis comparable al provocado por una gran orquesta. Se elevaban a unas alturas de vértigo, mareantes, desde donde disfrutaban de esos placeres epicúreos que colmaban tanto sus apetitos carnales como espirituales. Sin embargo, el diablo compite en igualdad de condiciones con los dioses y cuando llevaban uno de esos placeres (no solo los de la mesa) al extremo, corrían el riesgo de perderse en ellos...

Consecuencia de su glotonería desmesurada, todos y cada uno lucían unas enormes panzas. Y no solo se trataba de estómagos abultados; la totalidad de sus cuerpos desbordaba grasa. Mejillas y muslos lucían tan carnosos como los de los cerdos guisados en salsa de soja. Tres de los miembros del club padecían diabetes y prácticamente todos dilatación gástrica. Alguno, incluso, estuvo a punto de morir de apendicitis. No obstante, debido en parte a su mezquina vanidad y en parte a su estricta devoción al epicureísmo del que se declaraban ciegos seguidores, ninguno se preocupaba por la enfermedad y en el caso de que le dominase el miedo, de ningún modo constituía razón suficiente para abandonar el club.

«Un día de estos moriremos todos de cáncer de estómago», repetían entre sonoras risotadas. Parecían patos protegidos de la luz solar, cebados con succulentos alimentos para que su carne fuera tierna y sabrosa. El día en que sus estómagos se colmasen de comida hasta no admitir un gramo más, sería con seguridad el día de su muerte. Hasta entonces, seguirían sin saber nunca cuándo parar, convulsionados por infinitos eructos emergiendo del pesado magma que habitaba en el interior de sus estómagos.

